



DEM

Domingo

13 de febrero de 2022

10

www.elsoldesalamanca.com.mx

Análisis

EDITOR: JAIME ESTRADA CONEJO



Andrés Ordóñez

Entremundos: Cultura, élites y desastres / I

Al término de la Revolución mexicana, el grupo vencedor de la contienda tuvo que enfrentar el reto de formular y ejecutar un proyecto de nación capaz de llenar el vacío tras la destrucción del régimen modernizador del presidente Porfirio Díaz. No era un reto menor. Díaz y sus colaboradores habían sido capaces de convertir al país en uno de los pocos destinos latinoamericanos de los capitales europeos exportados durante la Paz Armada y, gracias a ello, México integró junto con Argentina y Brasil el trío de países que devendrían las principales economías de la América hispano-lusitana del siglo XX.

En 1929 el contexto internacional lucía una complejidad inédita. El trauma de la destrucción industrializada consolidada por la Primera Guerra Mundial, los descalabros de la economía capitalista, la consecuente crisis de la doctrina liberal y el ascenso de las dos ideologías igualmente autoritarias, ultranacionalistas y militaristas (el fascismo y el marxismo leninismo) que pretendieron ser la alternativa al caos imperante en Occidente, constituían los elementos fundamentales de la atmósfera política y económica del entorno en el que el México pos-revolucionario tuvo que reinventarse.

Así las cosas, sobre la base de su incipiente capitalismo, apoyados en los vestigios del liberalismo conservador porfiriano y echando mano de nociones y estructuras importadas de las doctrinas fascista y bolchevique, los políticos mexicanos a partir de la cuarta década del siglo pasado construyeron lo que durante las siguientes siete décadas hemos denominado "sistema político mexicano": una poderosa maquinaria político-ideológica de corte corporativista, autoritario, aislacionista y ultranacionalista, que a pesar de su vocación anti-estadounidense heredada de la cultura política de la era virreinal, siempre negada pero inmarcesible en el alma del liberalismo mexicano, no pudo ni quiso renunciar al capitalismo. El escenario de esa estructura fue el partido de Estado en sus consecutivas moda-

Finalmente, la administración del presidente Carlos Salinas de Gortari marcó el punto definitivo de inflexión.

lidades y denominaciones a partir de 1929: Partido Nacional Revolucionario, Partido de la Revolución Mexicana, Partido Revolucionario Institucional y ya el tiempo nos dirá si también Movimiento de Regeneración Nacional.

Encerrado en sí mismo y haciendo uso impecable de la idiosincrasia y los usos políticos y culturales nacionales, así como de las circunstancias que el mundo de la Guerra Fría le brindó, el "sistema político mexicano" generó un esquema de operación proteccionista en lo económico y aislacionista en lo político. A este esquema de operación político-económica correspondió una vertiente ideológico-cultural que, por definición, fue nacionalista y revolucionaria. Durante poco menos de cuatro décadas (entre 1940 y 1980) este esquema de operación probó su eficacia. Sin embargo, a medida en que la interacción global de los procesos productivos y de los agentes ideológicos (intelectuales y académicos) se intensificó, el esquema fue perdiendo eficacia. Durante el periodo del presidente José López Portillo, la entrada al Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT) hizo sentir la inminencia de una mutación en el proyecto

nacional. Esto se hizo más evidente durante la gestión del presidente Miguel de la Madrid. Finalmente, la administración del presidente Carlos Salinas de Gortari marcó el punto definitivo de inflexión.

Fue entonces cuando se inició el desmantelamiento del corporativismo de las estructuras partidistas; se modificaron los términos del intercambio entre el poder presidencial y los factores reales de poder, ya fuesen estos sindicales, patronales o religiosos. De un día para otro, el país se integró al devenir mundial, ya no de manera retórica como en el sexenio de Luis Echeverría, sino concreta, en un grado que sus predecesores no habían osado. De la noche a la mañana, el nuevo grupo en el poder mexicano, joven, brillante, hiper calificado y cosmopolita, decidió convertir en espejo el elemento de contraste que desde tiempos virreinales había definido nuestra noción de identidad, Estados Unidos.

De inmediato operó una de las molestas paradojas históricas. A inicios del siglo XX, los escasamente educados generales

de la guerra civil habían tenido un margen de respeto hacia los letrados de su tiempo (José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Carlos Pereyra, Antonio de la Peña y Reyes, Isidro Fabela, Genaro Estrada, etcétera) y muy probablemente por ello pudieron encuadrar en la cultura nacional su proyecto de nación. En cambio, la brillantísima juventud tecnocrática del México de 1990 confundió la educación con la cultura. Altamente educados, no advirtieron su falta de cultura y repitieron el error de los Positivistas (la esplendente élite tecnocrática que condujo al desastre el proyecto porfiriano): se aislaron en la fascinación por sí mismos. El resultado fue la brutal atomización que desde mediados de los noventa aqueja la cultura política mexicana y que será tema de nuestra próxima entrega.

Escritor, académico, diplomático de carrera durante 30 años, exembajador de México. Investigador de la Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales (UDIR) de la UNAM.

